





# CARTA PASTORAL MONSEÑOR FRANCISCO VALDES

Para ti, que buscas un alto ideal, joven de nuestros días

Portada:

Pedro Subercaseaux: Vida de San Benito. San Benito ermitaño, visitado por Romano, un aspirante a monje.

Editado por Ediciones Mundo Ltda. Condell 272 — Fono 237722 — Santiago Impreso por "Manantial": Tobalaba 3247 — Fono 271342 — Santiago "La vida monástica es la vida de la Iglesia al estado puro, en su coherencia total"

Ives Congar

#### SUMARIO

INTROD	UCC	DION 5
Capítulo	1.	Cómo surgió el monaquismo 9
Capítulo	2.	Tras la huella de Dios 16
Capítulo	3.	Hambre de oración, sed de Dios 21
Capítulo	4.	Monasterio, comunidad orante 27
Capítulo	5.	Pontífice, Interlocutor y Maestro 30
Capítulo	6.	Oración y vida 33
Capítulo	7.	Las tres liturgias
Capítulo	8.	Ora et labora
Capítulo	9.	La jornada monástica 45
Capítulo	10.	¿Cómo se llega a ser Monje? 50

"La diste mondicion sa la costa de la iglecta al estado porto, en su enhermon totas"

Even Conume

#### OTRALLO

Petro I of the second of the s

San Printer of the Parish of t

#### INTRODUCCION

Al desarrollo, que hoy se busca tan afanosamente, sin duda algo le falta en su concepción y en su finalidad. Lo denuncian las sociedades más desarrolladas, insatisfechas.

¿Qué recónditos secretos escapan al genio moderno, tan esplendoroso en su investigación científica, tan poderoso en su capacitación tecnológica? ¿Qué escollo parece minar de partida sus aspiraciones?

Hijos de nuestro siglo padecemos, incluso los cristianos, sus mismas carencias sin sentirlas. "Amamos miserables nuestra propia hambre", exclama San Agustín.

A los cristianos, empero, corresponde dar a la humanidad de hoy, y de siempre, el suplemento de alma que le falta.

El desarrollo del cuerpo y del espíritu no es el fin último de nuestro ser, ni la perfección definitiva de nuestra vida.

Hay en nosotros energías más altas que las fuerzas del cuerpo y las facultades del espíritu.

Hay ante nosotros un bien más eminente y suficiente que todos los bienes de la tierra y todos los descubrimientos de la inteligencia.

En nosotros, delante de nosotros y en lo más profundo de nuestro ser, y en lo más profundo del ser de todas las criaturas, está Aquel que se definió a sí mismo como "el Ser".

Las relaciones con nosotros mismos y con los seres que nos rodean no constituyen más que nuestra vida superficial. Nuestra vida profunda son nuestras relaciones con Dios.

Si esta vida no se desarrolla tanto y más que aquella, ¿cómo podrá haber equilibrio en el ser humano, en la sociedad?

Pero la verdadera vida es siempre escondida. La vida pública no es sino la vida escondida que se descubre. Si no es esto, ella es sólo una ficción. Se hace pasar por vida pero no lo es; es agitación, es vida en la superficie. Porque la vida es esencialmente un movimiento en profundidad. Sea que se traduce hacia el exterior, sea que queda sólo en el fondo del hombre: es vida. Es vida porque es acción verdadera y no sólo agitación. Jesús, bajo el velo de largos años de sumisión silenciosa y obscura, era el Redentor inadvertido, pero real y verdadero Redentor de los hombres.

¿Cómo devolver a la humanidad el sentido de Dios? ¿No ha de ser ésta la máxima inquietud de quienes se sienten solidarios de sus hermanos hambrientos, inconscientes del Dios desconocido?

"Un cristiano que se dedica sin reserva al misterio del Amor crucificado es, al fin de cuentas, el hombre más útil al mundo" (Urs von Balthasar).

Encontrado el Señor en la fe, descubierto en su palabra, identificado en el hermano, gustado en su presencia íntima, se convierte en fuerza de atracción irresistible. Conversar con El como con el mejor amigo, escucharle en el silencio, cantar y proclamar sus maravillas, dedicarle la vida, entrar en sus designios, participar de sus misterios, constituye un ideal tan seductor que dejarlo todo por realizarlo resulta lo más normal del mundo: "Nos hiciste, Señor, para ti; inquieto estará nuestro corazón mientras no descanse en ti" (San Agustín).

"En todas las edades del siglo y en todos los años de él, y podemos decir que en todas sus horas, han nacido y vivido almas que entrañablemente han amado a Jesús. Y es más hacedero y posible que falte la luz al sol que faltar en el mundo hombres y mujeres que le amen y le adoren, porque este amor es el sustento del mundo y el que lo tiene como de la mano para que no desfallezca.

"Y este deseo y amor de Cristo llegará hasta el fin y durará cuando la edad se acabare y florecerá, fenecidos los siglos, tan grande y tan extendido cuanto la eternidad es grande y se extiende.

"Siempre sed de El, siempre vivo el apetito de verle, siempre suspiros dulces, fieles testigos del abrasamiento del alma.

"Y no tiene este cuento fin, porque se acabará primero la vida que el referir todo lo que los amadores de Cristo dicen y hacen para demostración de lo que lo aman y quieren."

(Fr. Luis de Granada)

"Mientras más hombre sea el hombre, más fuerte sentirá la necesidad de dedicarse a Uno que es más grande que él."

(Teilhard de Chardin)

Acerca de esta vida escondida con Cristo en Dios, por constituir ella misma la gran realidad profunda que hoy demasiados cristianos pasan por alto, escribimos esta Carta Pastoral.

Y porque la presencia fecundante de la vida contemplativa, sobre todo de la vida monástica, es hoy una verdadera necesidad en el seno de la Iglesia, quisiéramos proponerla y difundirla como ideal de vida a cuantos tienen la inquietud de Dios.

Ofrecemos esta colaboración a la celebración del décimo quinto centenario (1.500 años) del nacimiento de San Benito de Nursia, Patriarca de los Monjes de Occidente y Patrono de Europa.

Y como homenaje de gratitud póstuma al primer monje chileno, Pedro Subercaseaux Errázuriz, quien en sus famosas acuarelas de la Vida de San Francisco dio inspiración a este sobrino para ingresar a la Orden de los Menores Capuchinos.

## CAPITULO 1 COMO SURGIO EL MONAQUISMO

El Evangelio, como la levadura en la masa, es la raíz de la transformación del hombre y de la sociedad humana. Es la gran noticia; no puede no producir cambios que aparecen revolucionarios.

Su novedad radical arranca al hombre de sí mismo y de sus miras, lo abate para elevarlo luego a alturas insospechables y lanzarlo a aventuras locas. Así sucedió a Pablo de Tarso, a Antonio Abad, a Benito de Nursia, a Bernardo de Claraval, a Francisco de Asís, a Ignacio de Loyola, y a tantos otros que la historia recuerda agradecida.

Todo, pues, partió del Evangelio escuchado, meditado, asimilado. La contemplación del misterio de Dios revelado en el Verbo Encarnado es el punto de partida primero y permanente de toda la labor de la Iglesia.

Así, la vida contemplativa, dedicada de preferencia a la oración y a la meditación, se originó en el seno de la comunidad cristiana desde la Ascensión del Señor y la venida del Espíritu Santo. Es nada menos que María, la Madre de Cristo, quien encabeza este género de vida. Nadie mejor que Ella introduce a la intimidad con Cristo que es la contemplación. No dice el Evangelio de Ella que hiciera muchas cosas, pero que cuanto sucedía lo guardaba meditándolo en su corazón.

Comprendiendo cuál era, en el designio de Dios, la colaboración que le había sido asignada, no tomó parte activa en el apostolado ni en las tareas pastorales de la Iglesia naciente. Ella vivió en las profundidades de su espíritu, con la plenitud de la capacidad de su intuición y de su amor, los alcances de la palabra de Dios y de la vida de su Hijo, con lucidez y generosidad indeclinables.

No faltaron, desde el principio, discípulos que acogieron el llamado a la soledad, al silencio, a la oración contemplativa. Lo cual, por otra parte, no era novedad en Israel, pues los profetas habían sido hombres contemplativos que hablaban y escribían de lo captado en su tremenda soledad interior. Desde los tiempos del profeta Elías existía en el Monte Carmelo la Escuela de Profetas, en los cuales ven los Carmelitas a sus antepasados.

No era distinto, tampoco, el testimonio del Bautista Juan, solitario en el desierto. La comunidad israelita de Qumram era igualmente una familia religiosa contemporánea de Jesús.

Y así se abrió, desde los primeros siglos cristianos, para los discípulos de Jesús, el ideal de una clase de vida apartada de la actividad pública, a la cual fueron añadiéndose, en número siempre creciente, centenares de cristianos.

Nada tan interesante, junto a las actas de los mártires de los primeros siglos cristianos, como los anales en que se narran fugas ruidosas de hombres y mujeres célebres a la soledad del desierto en busca de retiro, para entregarse sin interrupción a la contemplación del Amor infinito y a la participación interior en el misterio redentor. Hubo casos dramáticos como el de un San Zósimo, Santa Tais, San Antonio Abad, San Pablo Ermitaño, Santa María Egipcíaca y tantos otros, que ilustraron los siglos gloriosos de la Iglesia naciente y abrieron un surco a la vida monástica.

Se considera a San Pacomio iniciador del monaquismo oriental cristiano, en Egipto, consolidado por San Basilio Magno y transmitido después al Occidente por San Juan Clímaco.

Se poblaron muchos desiertos de oriente, de Arabia, Egipto y Palestina. Toda una literatura de gran calidad ascética y mística fue producida por aquel monaquismo; al leerla hoy día parece en buena parte escrita para nuestra generación que busca la verdad; aquellos autores le indican el camino. Se sabe que hubo comunidades eremíticas numerosísimas, como algún Monasterio de la Tebaida, que logró contener no menos de cinco mil monjes.

Entre esos monasterios se puede enumerar en el siglo IV el de San Jerónimo en Belén, con Santa Melania, Santa Paula y demás monjas colaboradoras suyas en su monumental obra de la traducción de la Biblia del hebreo al latín.

Los monasterios del rito oriental y griego, aunque reducidos hoy en número, conservan sus antiquísimas tradiciones, la mayoría en las Iglesias Ortodoxas, como se les visita en Grecia, en los países balcánicos y en Rusia.

En Europa se debió sobre todo a San Benito la instauración y el inmenso auge de la vida monástica que se desarrolló en toda la Iglesia de Occidente. Es cierto que antes de San Benito hubo monjes en diversos países de Europa, Florecieron especialmente en las Islas Británicas, Pero sus instituciones no perduraron. En cambio la extensión de los monjes de San Benito constituye una verdadera epopeya digna de recordarse por todos los cristianos, ya que por uno u otro motivo les debemos inmensos beneficios.

Benito, Benedictus de Nursia, en Umbría, nació en 480 en el seno de noble familia romana. Era el siglo del triunfo del cristianismo sobre el paganismo del Imperio Romano, el cual, después de trescientos años de implacable persecución, cedió su puesto a la verdad y al amor de Cristo, y reconoció los derechos de la Iglesia.

Benedicto, joven cristiano, no pudo contentarse con una religión cómoda. Experimentaba en el ambiente de su vida la verdad de la sentencia de Tertuliano: "Cuando el mundo se hace cristiano, los cristianos corren peligro de hacerse mundanos". Heredero de la sangre y el espíritu de los mártires, juzgó que sin heroísmo no se podía dignamente ser discípulo de Jesús. A los 20 años huyó a

la cueva de Subiaco, al sur de Roma, donde vivió en oración y penitencia. Allí falsos secuaces quisieron envenenarlo y huyó a Monte Casino, donde dio inicio a la gigantesca obra monástica que hoy subsiste y cintinúa fructificando como durante los 15 siglos de su trayectoria.

Hombre verdaderamente iluminado y decidido, San Benito unió a su auténtico sentido de legislador, heredado del genio de Roma, prudente y equilibrado, el vigor de un amor a Cristo incontenible, y de un espíritu de oración que le impulsó a poner como norma fundamental de su institución, no anteponer nada al "Opus Dei", al Oficio Divino, haciendo de la oración la ocupación fundamental y esencial de los consagrados a la profesión monástica.

"El fue el llamado, y asumió y enseñó la opción total y definitiva por Dios y por Cristo; la oposición al egoísmo, al poder opresor, mediante la obediencia al Señor, a la Regla, al Abad; el vencimiento personal y colectivo de la avaricia y de la explotación económica por la desapropiación y por la pobreza; la entrega total al reino por el amor y la práctica de la castidad; el valor supremo de la nueva fraternidad en Cristo y en el espíritu por la vida comunitaria perfecta; la primacía de la oración como diálogo con Dios en su intercesión salvadora a favor de los hermanos que sufren; la necesidad de la purificación del corazón; el valor inestimable y perenne de la vida monástica como vivencia y conciencia continua en la Iglesia y en el mundo, de la trascendencia, y de la importancia de la oración en la venida del reino de Dios" (Dom H. Suescún).

Los monjes de San Benito se extendieron rápidamente por todos los países de Europa. Los pueblos galos, celtas, británicos, escandinavos, germanos, iberos y lusitanos fueron en gran parte por ellos evangelizados.

El monaquismo dio lugar, según diferentes interpretaciones de la Regla Benedictina, a diversas observancias, que más tarde constituyeron congregaciones y órdenes autónomas, derivadas de diversas inspiraciones y vocaciones surgidas dentro del gran marco monástico. La influencia ejercida en el mundo por los monasterios resulta imposible de describir. Los volúmenes de la monumental obra de Montalembert, "Los Monjes de Occidente", relatan los primeros siglos de la expansión monástica en el Viejo Mundo.

Las fundaciones, las empresas apostólicas, la obra misional, la constitución de las iglesias locales, el desarrollo de la cultura clásica unida a la autóctona, hicieron de la vida monástica el más poderoso instrumento de la Iglesia Jerárquica durante muchos siglos, para la evangelización de los pueblos. Los anales de la vida y la obra de los monjes llenan las inmensas bibliotecas de los monasterios. Quien hoy las visita no puede menos de asombrarse ante la gigantesca obra realizada por los discípulos de San Benito en 15 siglos. Con razón el Papa Pablo VI, al bendecir la Abadía de Monte Casino, sobre la tumba del Santo, restaurada de su destrucción, lo declaró, con aplausos de todos, Patrono de Europa.

Alrededor de los monasterios surgieron muchas ciudades. Numerosos monjes fueron consagrados obispos y fundadores de iglesias diocesanas. No pocos de ellos fueron llamados a ocupar la Cátedra de San Pedro como Sumos Pontífices.

No se podría concebir la cristiandad europea sin la obra de los monjes que le dieron en gran parte su cultura, su unidad, su fe cristiana.

En cambio nuestro continente latinoamericano, nacido a la fe cristiana hace cuatrocientos años y sujeto de permanente evangelización, careció tradicionalmente de la presencia y la irradiación de la vida monástica. Los conquistadores españoles, que trajeron en sus corazones la fe y el designio misionero en su empresa, proyectaron la evangelización mediante religiosos de vida activa, dedicados exprofeso a la ímproba labor misional que se abrió a su mirada.

Encomendaron esta labor a Mercedarios, Franciscanos, Dominicos, Agustinos y Jesuitas. Por prohibición del Rey

de España no vinieron a las colonias americanas los monjes. En cambio en Brasil, a fines del siglo 16, se establecen en Bahía, más tarde en otras ciudades, monjes benedictinos, cistercienses y cartujos.

Los monasterios femeninos aparecen durante la Colonia como fruto de la vida cristiana en casi todas las grandes ciudades de América. En Chile surge, en 1571, en Osorno, el primer monasterio de clarisas llamado de las Tres Isabelas. Más tarde se establecieron las agustinas, las trinitarias, las carmelitas, las dominicas, las capuchinas, las sacramentinas. Todos ellos monasterios de clausura, dedicados a la vida contemplativa. La primera flor de santidad americana canonizada por la Iglesia fue una auténtica contemplativa, Santa Rosa de Lima.

"Las comunidades contemplativas, que son el baluarte espiritual para la vida diocesana, han pasado también un período de crisis. Ahora, en varios países —de nuestra América— ven un florecimiento de vocaciones" (Doc. Puebla, 123).

Ellas constituyen como el corazón de la vida religiosa. Animan y estimulan a todos a intensificar el sentido trascendente de la vida cristiana. Son también ellas mismas evangelizadoras, pues "el ser contemplativa no supone cortar radicalmente con el mundo, con el apostolado. La comunidad contemplativa tiene que encontrar su modo específico de entender el Reino de Dios" (Doc. Puebla, 738; cf. Juan Pablo II, Alocución a las religiosas).

Sólo en las décadas de este siglo han aparecido las fundaciones monásticas de varones, por obra de los que comprendieron la necesidad de difundir este ideal en nuestros países de tradición católica, escasos aún en frutos de vida espiritual robusta.

Estas fundaciones, por lo general, han debido superar incomprensión, aislamiento y dificultades, debido, entre otras causas, a la falta de tradición contemplativa y a la mentalidad más bien activista surgida por las urgencias pastorales del continente. Parece llegada la hora de avan-

zar en profundidad, en el aprecio de la oración como valor en sí, como fundamento de toda vida apostólica y como ideal que basta para justificar una existencia humana a ella dedicada. Es hora de impulsar entre nosotros la vida monástica.

denti cue de supre un asnes de un este esta plante

### CAPITULO 2 TRAS LA HUELLA DE DIOS

Las realidades espirituales no se revelan a los sentidos, no se investigan con métodos científicos, ni se demuestran por juicios de razón. Se manifiestan por el don gratuito de la fe.

"Lo que ni ojo vio, ni oído oyó, ni el corazón jamás imaginó, eso preparó Dios a los que le aman. A nosotros nos lo ha revelado Dios por el espíritu; porque el espíritu todo lo investiga, aun las profundidades de Dios" (1 Cor. 2,9).

"Es, en realidad, imposible escribir sobre estas cosas. Ellas se realizan en un mundo en el cual las podremos comprender más tarde. A veces se las adivina durante un minuto, en una meditación desgarrada, como a través de una nube que se abre. Se las presiente más reales y verdaderas que las vanas imágenes de las que están plagados nuestros caminos; pero no se las puede describir. Son líneas demasiado finas sobre una tela demasiado tenue que contemplan ojos demasiado agitados.

"¿Cómo desprenderse de lo irreal que nos preocupa para concentrar sobre este espectáculo todo el esfuerzo de nuestro pensamiento? Hay almas que lo desean, lo prueban, pero quedan aún demasiado lejos de la meta. Hay que saber esperar. El Amor se da a los que aman —no podría rehusarse— pero cuando El quiera, como El quiere. El Amor no es libre de amar o no amar. Pero escoge el camino y la hora.

"Somos nosotros los llamados a amar, a responder a sus ternuras, a darnos como El se da, a someternos amorosamente a sus designios" (Cartujo Anónimo).

Es comprensible que en tiempos y ambientes de fe débil, escuálida, la vida cristiana se vuelve superficial, insignificante, y tiende a suplirse por un activismo que es más bien agitación. De aquí la incomprensión del ideal monástico y contemplativo. "En vez de tender desesperadamente a 'ser' y a 'tener' como los hijos del siglo, el místico se lanza al 'morir' y al 'dar'" (Simone Weil).

La fe nos enseña claramente que no hay otra base para la restauración de la persona y de la sociedad que el Evangelio. "Nadie puede poner otro fundamento fuera del que ya está puesto, Cristo Jesús" (1 Cor. 2, 11).

Este es el tesoro de nuestra fe, causa de nuestra felicidad y aguijón de nuestra responsabilidad. Nunca la valórizaremos y agradeceremos suficientemente; ella desencadena todos los bienes que han de sobrevenir al hombre y a la sociedad. Por ella entramos en conocimiento del Amor del Padre que envió a su Hijo para manifestárnoslo, y ambos nos concedieron su Espíritu para que fuéramos y nos reconociéramos hijos del Altísimo.

Esta relación íntima de amistad que hace participar al cristiano de la eterna y gloriosa vida trinitaria, le confiere una dignidad insospechable que es la razón de ser de todos los derechos y prerrogativas de la persona humana.

Como una luz fulgurante y un fuego abrasador se abre ante el alma el panorama del amor infinito, tierno y misericordioso con el cual el Eterno la rodea y la trae para comunicarle su propia vida.

"El Bien puro que es Dios no es amado porque es conocido, sino que es conocido porque es amado" (Simone Weil).

Va comprendiendo el ser humano, en la medida de su generosidad, de su humildad, de su purificación, que ha sido creado sin pedirlo, ha sido redimido del pecado gratuitamente y ha sido santificado por el Espíritu Santo sin mérito alguno propio. Esta revelación basta para hacer de él una nueva criatura, con características divinas: nacido del agua —la gracia de Cristo—, la Palabra y el Espíritu Santo.

Fue suficiente este capítulo elemental de la Revelación para orientar a los fieles que buscaron a Dios hacia las alturas de la contemplación, hacia una vida correspondiente al ejemplar humano-divino mostrado en el Verbo Encarnado.

Habiendo encontrado este "tesoro escondido" —como lo llama el Evangelio — muchos se dispusieron decididamente a dejar todas las cosas a cambio de asegurar la posesión de tal tesoro. Así como lo hicieron los Apóstoles, muchos otros abandonaron su hogar, sus propiedades, su profesión, sus amistades, para abrazar un género de vida regido por normas evangélicas destinadas a la búesqueda de Dios, conforme a sabias reglas aprobadas por la Jerarquía de la Iglesia.

Esta realidad trascendental no se presenta al alma en un solo instante; ni se desarrolla la nueva vida de una sola vez al momento de bautizarse o de convertirse. La iniciación cristiana es todo un proceso de crecimiento y desarrollo en el cual el Don de Dios y la colaboración dócil y generosa del ser inteligente y libre juegan su propio rol.

Muchos son los cristianos que se detienen en los principios, que se estacionan en la mediocridad, contraviniendo los designios explícitos del Maestro que exige a sus discípulos avanzar más adentro: "Brille vuestra luz ante los hombres, para que viendo vuestras buenas obras glorifiquen al Padre que está en el cielo" (Mateo 5, 16).

Al trabajar por el reino de Dios generalmente se busca el aumento numérico, extensivo, que evidentemente tiene significado. Pero si a esta dimensión horizontal no corresponde un crecimiento en profundidad, podría ser desvirtuado el Evangelio, le faltarían raíces en los corazones y claridad en las mentes: "Todo árbol que no da buen fruto será cortado y echado al fuego..." (Mateo 6, 19).

El cultivo de la vida espiritual aparece más y más necesario en las nuevas generaciones cristianas: "El reino de Dios está dentro de nosotros" (Mat. 12, 28); tienen que resistir las fuerzas corrientes del laicicismo y del secularismo que han devastado ya gran parte de las tradiciones que resguardaron por siglos los valores religiosos.

Precisamente uno de estos baluartes poderosos de espiritualidad son los monasterios. El estudio y la meditación asidua de la palabra de Dios, el ejercicio permanente de la caridad en la vida común; la difusión de los principios fundamentales de la vida cristiana, el silencio, las vigilias, la austeridad, constituyen un marco seguro a la vida interior. Es allí donde se afianzan las raíces de la Iglesia, donde se acumula el caudal que la enriquece por la comunión de los santos. La corona de Santos canonizados que vivieron la vida monástica, rodeado de la muchedumbre anónima de monjes y monjas que ofrecieron en el silencio sus vidas al Señor, atestiguan la fecundidad de su institución. Ellos comprueban que no vivieron en vano, aunque el mundo tal vez no los comprendió. Como aquella María del evangelio, hermana de Marta, habían escogido la mejor parte que nunca les fue quitada.

El desarrollo espíritual que conduce a la "edad de la plenitud de Cristo" (Ef. 4, 13), a la vez que un postulado ineludible de la conciencia de los discípulos de Jesús, es una exigencia que alcanza a todos los miembros de la Iglesia: "Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto" (Mat. 5, 48). "Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación" (1 Tes. 4, 3).

¿Cómo responder a este llamado, cómo satisfacer esta exigencia? Muchos son los caminos, pero angosta es la senda que conduce a la vida. "Si quieres ser perfecto, deja todas las cosas... ven y sígueme. Y tendrás un tesoro en el cielo" (Mat. 19, 21). "Quien pueda comprenderlo que lo comprenda" dice el Señor.

El contraste entre el bien y el mal no puede dejar indiferente a nadie que, a través de la fe, ha vislumbrado lo que es el Amor de Dios y lo que significa verse privado de Dios por el pecado. "Los que han sufrido en carne propia el inmenso desastre de las almas que se pierden en el mundo, habrán perdido para siempre todo deseo de bienestar personal" (Cesbron).

La búsqueda de Dios hará dejar de mano muchas cosas; inducirá a abandonar halagüeños ideales, tal vez muy hermosos; inspirará la abnegación de gustos y libertades. Se ha caído cautivo de un amor tan exigente que ante él todo cede. Brotará en el corazón una energía de otro orden, que orientará la vida hacia la unidad con el ser amado, tras el cual el amante correrá sin que nadie pueda detenerlo en su carrera, aunque tenga que pasar por el sufrimiento y por la muerte. "¿Quién me separará del amor de Cristo: la tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada?" (Rom. 8, 35).

"No nos equivoquemos. Es únicamente y siempre sólo el amor lo que hace vivir al cristianismo. Si sucediese que el amor se apagara, el enorme edificio de los ritos religiosos, de las jerarquías que representan a la Iglesia y todas sus instituciones y actividades caerían de un golpe por el suelo" (T. de Chardin).

La vida monástica, lo mismo que el martirio, es manifestación de amor. Sólo el amor a Dios y el amor a los hermanos hacen de la comunidad monástica una realidad viva. Aquel que abraza este género de vida es el que se siente impulsado por el amor, que no se queda a mitad de camino, que no tolera la mediocridad, que decide hacer de su vida un don al Dueño de su corazón.

### CAPITULO 3 HAMBRE DE ORACION, SED DE DIOS

Si se comparan nuestros tiempos en los rasgos de la espiritualidad, con los tiempos pasados, los de nuestros abuelos y más atrás, ciertamente se descubren vacíos allí donde había valores, abundancia allí donde había carencias.

En cuanto a la oración, como hecho, como práctica normal en la vida personal y social, como deber que cumplir, sin duda que está en crisis.

¿Cómo abordar hoy, especialmente para los jóvenes, el tema de la oración? En tiempos pasados y más aún en siglos antiguos, la oración tenía su lugar insustituible en la jornada personal, en la familia, en cualquier institución. Había fórmulas reconocidas y sabidas, correspondientes a tiempos, gustos y necesidades. El atardecer era llamado "la oración". El pueblo rezaba con mayor o menor intensidad, con conciencia de referirse a nuestro Padre Dios, a María o a los santos. En toda escuela pública era un deber, no sólo en los siglos de la colonia, en Chile, sino después, por Decreto Ley del Director Supremo don Bernardo O'Higgins, iniciar las clases de cada día con una oración. ¡Hoy una medida así sería "intolerable"!

Entre católicos cultos era normal ser dirigido en tal o cual espiritualidad por "los caminos o la vida de oración". Se dedicaba mayor o menor tiempo e importancia a la oración según el llamado y la generosidad de cada cual.

Hoy todo esto ha cambiado. Diversas causas han ido evacuando esta actitud. De por fuera actúa la disipación.

la agitación, el culto de lo sensacional. Por dentro la falta de interés y hasta la contradicción. En efecto, se ha despreciado el cultivo de la oración, la vida espiritual, como signos de individualismo que es preciso superar (!).

¿Saben hacer oración el hombre, la mujer, católicos de hoy? Si se les pregunta en qué actividad están enrolados, responderán sin dudar que en varias de ellas. Y lo más seguro será que a la pregunta sobre la oración responderán que no saben, que no les queda tiempo, que hoy no tiene importancia, sobre todo porque hay tanto que hacer. Lo cual sucede no sólo a los laicos sino incluso a los sacerdotes y a los religiosos.

Se ha llegado así a una crisis general de la oración. Lo cual, como toda crisis que se comprueba, no carece de un sentido positivo que se puede descubrir y se debe aprovechar. Es señal de una vida y tendrá que abrirse camino.

Lo que hace del hombre un nuevo ser, restaurado a su estado original, es la gracia de Dios, que actúa en el alma que no se opone, por obra del Espíritu Santo. Las virtudes teologales o infusas, fe, esperanza y caridad, son los primeros valores auténticos que orientan al cristiano. La oración brota espontánea cuando ellas entran en actividad.

Es explicable que cúmulos de oraciones aprendidas y repetidas por rutina hayan llegado a liquidarse. ¿Eran expresión auténtica de encuentro con el Dios de los corazones? ¿Correspondían a las grandes realidades de la nueva creación instaurada en Cristo? ¿Eran expresión de identidad personal, de encuentro con el Señor? ¿Eran respuesta a una búsqueda sincera en las tempestades del corazón? ¿No eran tal vez una fuga a lo irreal, una evasión del cumplimiento de deberes requeridos por el evangelio?

Hoy, en verdad, no sabríamos responder a estas interrogantes. El hecho es que para la generación actual, sobre todo para los jóvenes, los "rezos" de los antiguos han perdido su significado. Los tiempos han cambiado demasiado, hoy se vive en otro ritmo. Se hace necesario partir evangelizando la cultura de hoy. Entonces la oración aflorará de nuevo. Florecerán los corazones. Al construir sobre los fundamentos firmes de la verdad revelada se descubrirá por el camino el cristianismo en todas sus dimensiones. Y ésta es la gracia de la Iglesia de hoy, la de una auténtica renovación.

Al mismo tiempo que van cayendo los ritos vacíos de significado, junto con los "santos" de producción industrial, se va haciendo presente el hambre de oración, la sed de Dios. Especialmente en la juventud. "Más aguarda Israel al Señor que el sereno a la aurora" (Salmo 129).

Después de la noche materialista, verdadero apagón espiritual padecido por esta civilización del consumo, indudablemente se prepara, como un débil clarear de aurora, una nueva era, cuyos síntomas universales se logra percibir, la cual dejará muy atrás las alturas anteriores. "Primavera de la Iglesia" la llamó, previéndola, el Papa Juan XXIII; Paulo VI divisó la "civilización del amor" que se adivina en la esperanza de las nuevas generaciones, única alternativa para la supervivencia humana.

Es comprensible que la mayoría de los jóvenes de hoy, educados en el laicicismo y en la indiferencia, no encuentran ya referencia entre sus aspiraciones y sus ideales, a veces muy exigentes, y un cristianismo conformista y rutinario. Buscarán algo nuevo, sin saber lo que es ni el camino para encontrarlo.

Los vemos así embarcarse en sistemas seudomísticos surgidos de líderes de ingenio humano, o de las mismas situaciones, como los movimientos pacifistas, el rearme moral, la revolución de Jesús y muchos otros que se suceden como rachas de enganche. Otros practican con gran ilusión la meditación trascendental, el zen, el yoga, etc.

Es sabido universalmente el gran número de jóvenes inquietos de la intelectualidad europea que, no sufriendo el ambiente consumista que los rodea, parten al oriente para experimentar en las antiguas religiones, especialmente en la India, la satisfacción de sus aspiraciones espiritualistas. Famosa ha llegado a ser la atracción ejercida por Taizé, auténtico centro de espiritualidad cristiana y de oración ecuménica. Allí miles de jóvenes de todo el mundo se plantean cada año sus inquietudes y formulan sus postulados. Son un claro exponente de su hambre de oración. En mayor número aún acuden a Lourdes, llegando algún año a contarse trescientos mil jóvenes peregrinos.

Otros logran encauzar sus anhelos en movimientos apostólicos con determinada espiritualidad.

En la Obra de María, muchos miles han encontrado el cristianismo vivo y se han enrolado en la GEN, "generación nueva", sin reservas, para hacer realidad el Evangelio en el mundo.

No han faltado tampoco, si bien escasos en número, los que al buscar valores de eternidad, han descubierto la vida monástica. Aunque para el vulgo de hoy los monasterios son sólo restos de una Edad Media fenecida, siguen ejerciendo una atracción en el mundo juvenil. Es reconocido el incremento de la Trapa en los Estados Unidos, que ha llenado los monasterios y los ha multiplicado por el continente.

En el monasterio, al fin de cuentas, la oración es todo. A orar invita el ambiente, la tradición, la vida. Llegar a él es como arribar a un puerto seguro donde se vive con el Señor como en su domicilio. Alrededor de El se desarrolla la vida con naturalidad como orden de armonía.

"El que beba del agua que yo le daré, ya no tendrá sed jamás, pues el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en manantial de agua viva que salta hasta la vida eterna" (Juan 4, 14).

Los valores, el significado, el atractivo de la vida monástica han quedado descritos por autores modernos, especialmente monjes, que han iluminado a vastos sectores cristianos. Dom Verkade, Dom Marmion, Dom Chautard, Dom Pieter van der Meer, Raymond, Thomas Merton, son los exponentes más conocidos. Ellos encarnaron en sus vidas y estamparon en sus escritos el ideal que abrazaron, indicando un camino para los sedientos de oración, hambrientos de Dios.

Para acceder, ciertamente, a este caudal, para beber en esta fuente y llegar a hacer de la vida una oración, es preciso pagar un precio no pequeño. La vida monástica, como todo camino espiritual, no es blanda ni fácil. Se ubica en el polo opuesto al mundo y sus postulados. El camino al encuentro con Dios como lo enseña el Evangelio es empinado y estrecho, como angosta es la puerta que conduce a la Vida. El ambiente propicio para la oración contemplativa no es ni puede ser la comodidad, el bienestar ansiado por nuestra generación. Quien aspira a la vida monástica, a la vida de oración, ha de considerarse militante de Cristo, viajero por este mundo, peregrino de lo absoluto. Su búsqueda es de por vida. Y seguramente va a ser incomprendido y tal vez despreciado. Los idealistas de todo género que no pudieron contentarse con lo vulgar lo experimentaron siempre. "Cuando mi doctrina sea más casta y más quemante mi verdad, me quedaré sin los mundanos", escribe Gabriela Mistral.

El marco de la existencia monástica son los votos religiosos. Más que una renuncia son un signo de libre elección de un bien mayor, por el cual se paga tal precio. Pronto se experimentará que son el rescate de la liberación, de aquella libertad con la cual Cristo nos ha liberado, la libertad de los hijos de Dios.

La fama de austeridad que caracterizan la vida monástica, especialmente algunas órdenes de estricta observancia, podrá espantar a los neófitos en espiritualidad cristiana, pero pierde toda su imagen de tal dentro del contexto integral de esa vida. Es cierto que difiere fundamentalmente de las "libertades de los mundanos". Si es austera, esta condición no tiene otro objeto que ayudar a desarrollar más vigorosamente la vida espiritual, restando libertad a los sentidos, cerrando el ingreso a las distracciones inútiles, orientando, sobre todo por el silencio, la atención a los valores verdaderos que son los eternos. Se trata, además, de tomar en serio el Evangelio. "Quien quiere venir

en pos de Mí, dice el Señor, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame, y tendrá un tesoro en el cielo" (Mateo, 16, 24).

"No basta saber orar, hacer oración: hay que llegar a ser oración, construirse en forma de oración, transformar al mundo en un templo de adoración, en una liturgia cósmica" (Evdokinov).

#### CAPITULO 4 MONASTERIO, COMUNIDAD ORANTE

No es lo mismo buscar a Dios en la soledad que en la comunidad. No es igual escalar un monte solo o escalarlo en equipo. La vida no puede ser plenitud si se es solo. Ejemplar de plenitud es Dios: Uno y Trino. El monje no es un solitario, no busca a Dios solo, no ora solo, no canta solo, no lucha solo. Lo hace con sus hermanos, en unidad de espíritu, un solo corazón y una sola alma. Sus hermanos le son necesarios, y él es necesario a sus hermanos. Son un cuerpo, son Iglesia.

Así creó Dios la humanidad, pero se disgregó después por el pecado. Congregada con creces mediante la redención por el Primogénito de la Creación, vivificada por el Espíritu Santo, la Iglesia glorifica al Padre en nombre de todas las criaturas, agradece sus beneficios, pide perdón y misericordia por los pecados y ayuda para realizar con amor el designio de cada uno. Toda la Comunidad, revestida del Espíritu de Dios, ofrece al Padre junto con su oración, la Víctima Divina.

Esta función esencial de la Iglesia que el monasterio hace suya se verifica sobre todo mediante la Sagrada Liturgia.

"La historia actual, con todas sus vicisitudes, vivida y sufrida por la Iglesia y por la humanidad, es asumida por la liturgia, unida a la salvación realizada por Dios y transformada eficazmente en una historia de salvación actual" (Card. J. Villot).

A la grandiosidad de la Revelación Divina no puede dejar de responder el esplendor del culto verdadero. Este esplendor aparece no tanto en las expresiones exteriores que la liturgia inspira, como el canto, la arquitectura, los signos, sino sobre todo en la pureza y luminosidad de los corazones, en la transformación paulatina del hombre, en la santidad debida, en la armonía del amor fraterno, en la unidad de los espíritus, en el servicio de todos los hombres abarcados en el amor.

No sin fundamento el Concilio declara que la Liturgia es la fuente y la cumbre de toda la vida y la actividad de la Iglesia. El monasterio es el ejemplar de la Iglesia orante.

En la comunidad religiosa, especialmente de vida contemplativa, se participa de los dones y las luces que cada cual recibe. En esto principalmente consiste la "comunidad de bienes". Sea en el ejemplo edificante, sea en el diálogo fraterno, sea mediante los escritos, el monje pone a disposición todo lo suyo: inspiraciones, experiencias, luchas. El caudal acumulado por tantas almas contemplativas es uno de los tesoros más preciados de la Iglesia, que ella distribuye a manos llenas a la humanidad.

Esta comunicación de almas es elogiada por el insigne maestro espiritual San Lorenzo Giustiniani: "Nada en el mundo da mayor gloria a Dios y nada lo revela más digno de alabanza que el intercambio humilde y fraterno de los dones espirituales. Este intercambio es el que hace germinar la caridad, ya que esta virtud no puede florecer en la soledad. Ella sólo puede estar feliz al distribuir, y alegre al dar no sólo lo que tiene sino lo que es, para el bien de los demás. Es, además, precepto del Señor ejercitar siempre esta virtud mediante la palabra y las obras".

Como en la familia no puede faltar el padre, así en la comunidad monástica no puede faltar quien hace las veces de padre. San Benito no duda en dar al representante de Dios Padre el lugar que le corresponde en la vida del monasterio. Se llama Abad —"abbas"— que en griego significa padre.

La Iglesia jerárquica reconociendo el hondo significado del monacato considera al abad una autoridad similar en

su monasterio a la de un obispo en su diócesis. Le dedica una consagración litúrgica característica, y prerrogativas canónicas que honran su persona por ser representante de Cristo, Cabeza de la Iglesia.

La obediencia mostrada por Jesús durante sus años de vida mortal es el ejemplar para todos sus discípulos en relación a la autoridad en la Iglesia, constituida, en cada orden y en cada nivel, en Buen Pastor del rebaño.

La autoridad del abad tiene ante todo el valor de un signo, simboliza a Cristo, imagen divina del Padre, y como tal significa la unidad de los hermanos. Pero es además instrumento del Padre para realizar y acrecentar esta unidad. Su presencia no es impositiva cuanto servicial: "no he venido a ser servido sino a servir", dirá continuamente para guiarse. Estará a disposición de todos y de cada uno en orden al bien común, a la concordia, a la observancia, a la distribución de los cargos y de los trabajos, a la fidelidad del espíritu del propio carisma.

La obediencia de los monjes constituye el clima sicológico que favorece el crecimiento permanente del espíritu del amor. Por la obediencia se da gloria al Padre en semejanza al Hijo. Por la obediencia se hace presente el Consolador, se mantiene el orden, se eleva el espíritu, se garantiza la libertad de los hijos de Dios. Sólo crecerá en ellos el anhelo de cumplir con perfección, momento por momento, la voluntad del Padre que está en el cielo. Así "la paz de Dios, que supera todo pensamiento, guarda los corazones y las inteligencias en Cristo el Señor" (Filip. 4, 7).

El termómetro de la calidad de vida de un monasterio, y la fuerza de atracción que le atraerá vocaciones será, ciertamente, la observancia del Mandamiento Nuevo. Por sobre cualquiera otra consideración, la fraternidad fundada en la estima y el amor recíproco aportará una felicidad que no se puede comparar con ninguna otra característica. En ella se verifica infaliblemente la promesa de Jesús: "Allí donde dos o más estén unidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Mat. 18, 20).

# CAPITULO 5 PONTIFICE, INTERLOCUTOR Y MAESTRO

Siempre los hombres han tratado de entablar de alguna manera relaciones con Dios. A la vista está el consenso universal con sus monumentos a la divinidad, incluso al "Dios desconocido" como aquél del Areópago. No ha habido tiempo ni lugar en la historia donde por alguien no haya sido invocado y venerado el Dios escondido que el hombre necesita para vivir. Lo que es para el cuerpo la respiración, llega a ser, como necesidad espiritual, la oración para el ser humano.

Hay momentos, sin embargo, en ciertas culturas, que parecen excepción a esta ley. Nada tan decepcionante como el vacío que se manifiesta en el ser arreligioso que engendraron el comunismo ateo y la civilización del consumo. Como ejemplo se puede observar al turista, a grupos de turistas visitantes de una magnífica catedral gótica. En ella las piedras hablan de Dios con el lenguaje elocuente de las figuras; las bóvedas, las columnas, las rosetas, los vitrales, cantan en voz alta las maravillas de la Revelación, que brillaron a seres humanos iluminados por la fe. Estos nuevos engendros pasan mudos, insensibles, incapaces de doblar una rodilla, de hacer un signo de fe, porque están a obscuras. En ellos se apagó la luz.

El Padre espera con paciencia divina que pase la noche de este oscurantismo dominante que hace peligrar la vida humana sobre el Planeta.

"La luz vino a este mundo, pero amaron los hombres más las tinieblas que la luz", dice S. Juan en su evangelio. Quien encendió en el corazón del hombre el ansia natural por el más allá es precisamente Aquel que dijo: "Yo soy la luz del mundo". El mismo es "el camino" para avanzar hacia el Padre. Es la "puerta" para entrar a su morada. Es el "Pontífice" que tendió el puente sobre el abismo infinito que separa al hombre de Dios. Es el "interlocutor" que habla por nosotros con el Padre y conversa al mismo tiempo con nosotros sus hermanos. Es el "Maestro" que enseñó y continúa enseñando al arte sobre todo arte de entendernos con el Altísimo como los hijos con su padre. El puso en el alma, regenerada por su gracia, ese germen vivo que ora en nosotros con gemidos inexplicables, que es el Espíritu Santo.

Con la eficacia de su palabra infalible, se hizo, además, garantía para que cuanto pidamos al Padre en su Nombre nos sea concedido (Juan 14, 14).

La vida de oración que vitaliza continuamente el alma de la Iglesia y que se realiza principalmente en los monasterios, por los permanentes de la oración, es la continuación de la oración iniciada en la tierra por el Hijo de Dios.

Al revestirse el monje del hábito de la oración como de una túnica, se reviste de Cristo como un ideal de vida. A medida que entrega a la oración sus energías, sus jornadas, su existencia, va siendo absorbido por esta ocupación, la "única necesaria" que en la eternidad no le será quitada (Luc. 10, 41).

La tarea del cristianismo, lo esencial de su misión, es capacitar al ser humano para que experimente el infinito amor del Padre y se transforme hasta hacerse un nuevo Cristo. Intimamente unidos El y los hermanos, serán en la tierra la gloria de Dios, y el Padre los glorificará. En respuesta al amor de su Padre, "Cristo se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios lo exaltó y le dio su nombre sobre todo nombre" (Filip. 2, 8). Así es la respuesta que Dios espera de los cristianos: amor con amor se paga.

Con esta visión luminosa proveniente de la fe, la vida de oración adquiere toda su atracción, su volumen, su prestancia. Nada de extraño que a través de las edades muchos hombres y mujeres la abrazaron como ocupación especial y favorita y condujeron una "vida escondida con Cristo en Dios", según la expresión de San Pablo.

Cuando los discípulos del Señor Jesús contemplaban al Maestro absorto en oración, intuían un misterio que los sobrepasaba y querían seguirlo en su ascensión espiritual. "Maestro, enséñanos a orar", le suplicaron. Y El les enseñó el Padre Nuestro.

"Cuando pronunciamos con atención esta palabra 'Padre'; cuando penetramos la riqueza que contiene; cuando al pronunciarla nos despojamos de todo otro objeto que no es El solo; cuando vemos por la fe el movimiento de este Padre que se inclina y derrama su ser y su vida en nuestra alma para trazar en ella sus rasgos y hacernos hijos suyos conforme a su imagen y semejanza; cuando acogemos con amor estos rasgos; en una palabra, cuando nos damos a El como El se da a nosotros, entonces es absolutamente cierto que este movimiento de inclinación mutua relacionador del Padre con el Hijo, que es su Espíritu Santo, se realiza en nosotros. Las tres divinas Personas de la Trinidad Santísima están en nosotros, aquí viven su vida del cielo" (Cartujo anónimo).

"Si alguno me ama guardará mi palabra y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos en él nuestra mansión", dice el Señor (Juan 14, 23).

# CAPITULO 6 ORACION Y VIDA

"Mi vivir es Cristo, y morir, una ganancia" (Filip. 1. 21); a esto aspira el monje.

Desde el momento en el cual la palabra del Señor abre el diálogo, surge la vida en el alma. Esta nueva vida consiste en conocer y amar al Padre y al enviado Jesucristo. Porque "Dios es amor, y el que vive en el amor vive en Dios y Dios en él" (1 Juan 4, 16; cf. Juan 4, 24).

El amor va abriendo todas las puertas. Cada palabra de la Escritura se revela como un foco de luz que va proporcionando gradualmente, como nuevas experiencias, los ininvestigables caminos y las inagotables riquezas de Dios.

La Revelación llega a ser un panorama abierto que ofrece, a quien se interesa, la realización de sus mejores expectativas, que serán por cierto superadas, de claridad en claridad. Las consecuencias de la Revelación en el alma van a depender de la donación de Cristo y de la aceptación más o menos generosa de quien la recibe.

Pero no será fuera de la vida, en todo su contexto, sino dentro de ella y como en su ley y su marco que se ubicará la oración.

La experiencia enseñará al alma que la elección de Dios la pondrá en nuevas disyuntivas siempre más exigentes, por el camino del despojamiento exterior e interior. Será purificada por el sufrimiento apenas soportable de las propias fallas e imperfecciones. Pero una vez descubierta la veta ya no volverá sobre sus pasos, se dispondrá a dejarlo todo sin mirar atrás. Aprenderá a perder. Levantará anclas, bogará mar adentro "sin otra luz ni guía sino la que en el corazón ardía" (San Juan de la Cruz).

Y Dios crecerá en el alma como la luz de la aurora, que no se detiene en su curso. Llegarán momentos en que, desbordante de vida, ella repetirá como el Poverello en su sencillez seráfica: "Mi Dios y mi todo". Mientras al mismo tiempo comprenderá su propia pequeñez, su total dependencia, su absoluta necesidad de adherir por el amor al Sumo Bien, que le ha revelado personalmente cómo la ama.

Sin embargo, por muchos que sean los pasos que el alma religiosa va dando por el camino, echará de ver que está aún en los comienzos. El desarrollo de esta vida no tiene fin, reclama un ejercicio permanente que, lejos de hacerse fastidioso, excita cada vez mayor interés, vigilancia y generosidad, animado por la confianza y un renovado gozo interior.

La palabra revelada y el Espíritu conducirán al alma por los caminos de la oración, a través de pruebas inesperadas, por altos y bajos, por luces y sombras, por noches y días, exigiéndole como única condición la fidelidad. "En vuestra perseverancia poseeréis vuestras vidas" (Lucas 29,9).

Embarcado en esta travesía, el monje tendrá a disposición, además de la palabra del Unico Maestro, la doctrina de la Iglesia, las tradiciones de vida espiritual monástica, la dirección de un guía que lo introducirá en ella. Innumerables santos y admirables místicos le han precedido en los mismos caminos.

Todos ellos respiraron el mismo clima, una de cuyas características saldrá pronto al encuentro de quien ingresa a un claustro: la paz.

La paz del alma es, ante todo, el fruto de la obediencia. Haber entregado la propia voluntad, sólo buscar en todo la del Padre, es adquirir la paz. Para asegurar la paz la Providencia Divina encomienda "la tranquilidad en el orden" a un representante autorizado, a quien el monje hace voto de obediencia. Sabe que con esta medida adquirirá libertad de espíritu, podrá volar y subir. "Obedientia et pax", lema de Juan XXIII.

La oración reclama, igualmente, la liberación de todo apego a los bienes creados. Tenerlos o no tenerlos ha de llegar a serle indiferente. El ejemplo de Cristo estará siempre a su vista: "El Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza". El, sin embargo, provee a las aves del cielo y viste los lirios del campo. Quien busca a Dios hace voto de pobreza, libra su espíritu de ataduras terrenales, se hace pobre de espíritu, de hecho, de voluntad. Su riqueza es Dios.

También los afectos pasarán a ordenarse en la jerarquía justa de los valores. Todo amor meramente humano tendrá que ser superado por la caridad, nueva naturaleza del amor, de origen y esencia divino. La oración exige sosiego total para acercarse a la Luz del Huésped que solicita el corazón. Es totalitario; nadie podrá entrar a su intimidad si no vacia su interior de divagaciones, sombras y basura.

Para asegurar este camino, el monje hace voto de castidad. Al fondo del camino le espera un estado de unión con Dios que los místicos, precedidos por la Escritura, especialmente los profetas, San Pablo y San Juan en el Apocalipsis, han comparado con el estado nupcial.

En este estado el amor a los hermanos, en vez de disminuir, se ensancha, cambia de signo, se hace divino, como el de Cristo crucificado, se dispone a todo, a morir por ellos, incluso a sentirse abandonado de ellos y de Dios, como Jesús abandonado en la cruz.

Por eso la vida de oración necesita templarse en las renuncias, las privaciones y la austeridad que caracterizan la vida monástica. Las vigilias, el ayuno, el trabajo, el silencio constituyen este marco dentro del cual el espíritu se mantiene expedito, ágil y activo en la colaboración que solicita el Abogado del Padre para hacer del monje un nuevo Cristo.

En cuanto a esta austeridad de la vida monástica, los iniciadores y fundadores, como igualmente los grandes contemplativos, por una especie de instinto de lo divino, llevaron la austeridad muy lejos, a veces a límites increíbles. Al parecer consideraban al cuerpo como un impedimento o un enemigo en su camino. Siempre, sin embargo, en un semblante de paz y de amor, evitando a los demás las durezas que reservaban ocultamente para sí.

Las observancias de los monasterios difieren en su austeridad, en conformidad al espíritu de los iniciadores. Cada uno de los reformadores que trataron de restaurar la observancia monástica original, procuraron instaurar sobre todo la austeridad.

La regla de San Benito, base y fundamento de la vida monástica en toda la Iglesia de Occidente, manifiesta en sus disposiciones una gran elevación de espíritu, prudencia, sabiduría y comprensión humana. Los puntos sobresalientes de su espiritualidad: la preeminencia del Opus Dei, los Divinos Oficios, la obediencia al abad, fundada en la fe y en el amor; y los grados de humildad con los cuales los monjes están llamados a subir a la semejanza con Cristo. "Para aquellos que viven en comunidad, preferimos la obediencia a la ascética, porque la ascética es maestra de orgullo, pero la obediencia es mensajera de humildad", escribe una monja egipcia del siglo V.

La oración comunitaria tiene en la jornada sus horas determinadas, y las alterna con el trabajo y el descanso. Es cierto, sin embargo, que ni el trabajo ni el descanso interrumpen la vida de oración, que corre por el alma como la sangre por las venas. Y es como la música de fondo en permanente sinfonía.

La oración tiene, igualmente, su lugar propio, su centro de atracción entre los edificios que componen el conjunto monástico. Es el templo. Lugar de encuentro de la comunidad orante, es sobre todo el santuario donde el Señor está presente en la santa Eucaristía. Allí está la mesa del banquete eucarístico y el altar donde se inmola cada día el Cordero Pascual.

En este centro focal encuentra la familia monástica la fuente de su fe, su esperanza y su amor. Aquí se da a la jornada monástica su sentido más completo y más profundo.

Los que por amor dejaron las cosas atrayentes del mundo encuentran aquí su ubicación entre el cielo y la tierra.

En la celebración de la Eucaristía se realiza la unidad sacramental con el Resucitado y con los hermanos de cerca y de lejos. Por ella se participa en la inmolación de la Víctima Sagrada, y, estimulados por la oración, los monjes van tomando conciencia de su inserción en el Cuerpo de Cristo y de su responsabilidad en la fecundidad del misterio redentor.

"Para un corazón empapado en la oración todo se hace transparente. Ante él se revela claramente el núcleo profundo de todo ser. En la oración todas las cosas designan a Dios, dicen alguna cosa de su nombre, lo cantan sin cesar. Así orar resulta una celebración festiva. La oración pertenece a un sacerdocio real y celebra un sacrificio de alabanza en el cual la criatura encuentra su más profunda razón de ser" (Dom André Louf).

#### CAPITULO 7 LAS TRES LITURGIAS

La escuela de oración por excelencia es la Liturgia.

Continuadora de la oración del Primogénito de toda la creación, la Iglesia ha establecido, desde sus inicios, el culto público y oficial mediante el cual los hijos de Dios, unidos a través del mundo en unidad de fe y de expresión, adoran al Padre en espíritu y en verdad, y le dan gracias en nombre de todas las criaturas. La oración litúrgica, por su naturaleza, es permanente, universal y expresiva de todo lo que hay en el hombre y de todos los hombres, en sus relaciones con Dios.

El Concilio esclareció el rol y la importancia de la liturgia en la vida de la Iglesia, llamando a todos los cristianos sin excepción a participar en ella con comprensión, fruición y provecho.

Para los monjes la liturgia es el elemento formal de su vida espiritual y, al mismo tiempo, la ocupación dominante de su profesión como constantes en la oración.

Ella es comparable a un concierto magistral y permanente, desarrollado en el seno de la Iglesia universal día y noche, en el corazón cristiano y en el cielo. Cristo, el Director, mediante la Iglesia, la orquesta, pone en onda sonora acompasada y armoniosa todos los seres de la creación, unidos en un lugar común, su amor, y ejecuta la más variada, fascinante y espléndida sinfonía. Aunque nadie está excluido del concierto, no todo ser racional ha percibido su invitación, o no ha tomado interés, por las muchas imperfecciones humanas. Y por eso no vibran todos

ni se sienten lamados a participar realizando el rol que a cada uno corresponde.

El monje, todo monje, se hace profesional de esta orquesta universal. Sabe por experiencia que la liturgia, el gran concierto espiritual, se realiza simultáneamente en tres ambientes, diversos pero integrados bajo la dirección del mismo Maestro. Una es la liturgia visible de la Iglesia peregrina; otra, la liturgia invisible del corazón; otra, la liturgia eterna de la gloria del cielo. Por la liturgia visible, de la cual con razón tan celosa se muestra la jerarquía pastoral de la Iglesia, celebramos los misterios de la fe y vamos creciendo en ella conforme al antiguo refrán teológico: "lex orandi est lex credendi" -la ley conforme a la cual oramos es la ley por la cual creemos. Por eso ningún cristiano está dispensado de participar en la liturgia. so pena de quedar atrofiado en su fe, y de separarse, tal vez insensiblemente, de la comunidad cristiana. Es Dios con su palabra, es el Espíritu Santo quien invita a escuchar y a responder, a adorar, a cantar, a caminar en la procesión con los hermanos. Son manifestaciones y signos de la vida suscitada en la comunidad al entrar en relaciones con el Padre, por el Hijo y en el Espíritu Santo.

El brillo exterior con el cual la liturgia por su naturaleza tiende a revestirse, tiene carácter de signo. Es lamentable que la mayoría de los cristianos se detiene allí, siendo que todos están llamados a penetrar, a través de todo ello, en profundidades mayores, y a una superación espiritual permanente. "La Iglesia de la tierra, dice un monje sirio del siglo IV, sólo engendra niños pequeños mediante su altar y su bautismo. Ellos beben la leche hasta quedar saturados. Cuando se hacen mayores, ellos mismos van haciendo de su cuerpo un templo y de su corazón un altar. Desde ese momento comienzan a comer un alimento más sólido y nutritivo que la leche. Hasta que llegan a la perfección y pueden, en toda su dignidad, alimentarse del Señor mismo en persona. Estos se han acercado a la Iglesia de arriba que los perfeccionará hasta su plenitud. Entrarán a la ciudad de Jesús, Rey del Universo, y podrán celebrar la liturgia en ese palacio grandioso que es la Jerusalén celestial, la madre de todos los vivientes". (Citado por Dom André Louf).

Así están descritas las tres etapas por las cuales se sube de la liturgia visible a la liturgia celestial, pasando por la liturgia del alma. Esta se encuentra a mitad de camino entre la tierra y el cielo. Es en ella donde todo creyente puede participar de manera continua pero invisible, celebrando la liturgia silenciosa y escondida, pero no menos espléndida, de su alma, con todas sus potencias interiores convocadas por el corazón. Aquí también se hace presente la Trinidad Santa como lo asegura Jesús: "Haremos en él nuestra mansión" (Juan 14, 23).

Nadie, sin embargo, puede ingresar a esta liturgia silenciosa si no ha participado antes en aquella liturgia visible de la Iglesia. Con gran sabiduría ella tiene ordenado a los fieles desde los primeros tiempos que han de participar al menos en la liturgia dominical.

Aquel que aprendió a acceder en silencio al propio santuario de su interior, llegará a adquirir la experiencia personal de su liturgia del alma, y logrará captar la vibración eterna de aquella liturgia que el Hijo de Dios y de María preside en el cielo para gloria del Padre.

"Apresúrate a entrar en la sala nupcial de tu corazón —escribe Isaac el Sirio—. Allí tú encontrarás la sala nupcial del cielo. Porque estas dos salas no son sino una sola, y sólo por una y misma puerta tu mirada puede penetrar en una y en la otra. En efecto, la escala que sube al reino está escondida en lo más profundo de tu corazón".

"Que algunos hombres hayan llegado a ser libres; que su corazón haya comenzado a amar y a cantar; que la palabra de Dios resuene en ellos con claridad y amplitud, quiere decir que algunos hombres ya se han transformado en fuentes de luz y de energía para el resto de la humanidad. Si tú lo has experimentado quiere decir que en ti se ha verificado un episodio de la historia de la salvación. Lo que ha sucedido pertenece a la Iglesia, a la humanidad

en la cual somos todos solidarios. Dios ha encontrado un espacio en un lugar determinado en la tierra donde puede 'ser el Mismo' y a jugar y divertirse con un auténtico hijo suyo, hijo de los hombres. La humanidad ha encontrado una fuente de la cual puede hacer brotar agua viva para todos los que tienen sed. Porque el fondo más profundo de tu corazón es también el fondo más profundo del mundo" (Dom A. Louf).

En tal experiencia de oración las fronteras espaciales se desintegran. Estar lejos y estar cerca carece de sentido. Lo mismo resulta estar presente o ausente. En tu oración quedan comprendidos intensamente todos los hombres. Según una antigua expresión "es monje aquel que está separado de todos y ha vuelto de nuevo a ligarse a todos". Porque la oración te hace habitar en el corazón del cosmos.

"Puede ser que al verlo inmóvil, crucificado, orante, algunos piensen que la actividad del contemplativo, del monje, sea un sueño, o bien que ya no es un ser de esta tierra, que vive sólo para el cielo. Profundo error. Nada vive, nada actúa más intensamente en el mundo que el pensamiento y la oración, suspendida como una luminaria impasible entre el universo y Dios. A través de su transparencia serena la onda creadora circula cargada de virtud natural y de gracia. ¿Qué otra cosa si no esto es la Virgen María?" (Teilhard de Chardin).

#### CAPITULO 8 ORA ET LABORA

El trabajo es el privilegio humano de continuar libremente la obra divina de la creación para bien de la humanidad y gloria del Padre. Es una forma de manifestar el amor a los hermanos en orden a satisfacer sus necesidades de sustento, desarrollo y paz.

Es una complementación natural de la persona, que con el trabajo aporta a su ser y a la comunidad una mayor dimensión.

La orden de trabajar impartida por el Creador en el paraíso antes de la caída tenía marcadamente el designio que el hombre dominara la tierra y la transformara. El pecado trajo sobre el trabajo el gravamen del cansancio y el carácter de castigo. "El que no quiere trabajar que no coma" (2 Tes. 3, 10). La liberación de la culpa restaura nuevamente el orden justo, y el trabajo adquiere en el hombre y la sociedad redimida el carácter de servicio voluntario. Es fuente de bendición, consecuencia del amor, crecimiento espiritual y temporal.

Cuando el Evangelio ilumina las mentes y la sociedad adopta sus principios, surge un nuevo orden, las relaciones se hacen humanas —así como sin Dios se deshumanizan. Si el trabajo, mal concebido y objeto del abuso por causa de errores y de vicios, ha provocado tales problemas y desequilibrios en la sociedad actual, se debe a la ignorancia y a la dureza del corazón, que se resiste a conocer la soberanía de Dios, a observar sus mandamientos, le niega el amor que le corresponde sobre todas las cosas y el amor a toda persona humana.

Como para mostrar al mundo el significado humano del trabajo está la comunidad monástica, en la cual inseparablemente unida al trabajo está el alma que lo vivifica: Ora et labora.

El trabajo monástico transformó eriales y pantanos del continente europeo en campos de feraz agricultura. Entregó a la posteridad preciosas experiencias de carácter científico laboral y social. Aún hoy día cada monasterio se mantiene mediante el trabajo de sus monjes. Si el trabajo agrícola se ve facilitado por los descubrimientos científicos y las facilidades de la técnica, es un signo de que mayor libertad quiere otorgar Dios al ser humano para sus destinos más altos: "El deber de la ciencia —escribe Alexis Carrel— es permitir a los hombres llegar más fácilmente a la santidad".

En el azul profundo de los montes lejanos, en la espesura de los bosques, en la variedad de las flores, en los lagos y en los ríos, descubre el alma enamorada de Dios el rostro siempre nuevo del Amor, reflejado en la belleza creada. Y mientras con las manos trabaja, canta con el alma.

También la industria agrícola que transforma los frutos de la tierra, como trabajo productivo, es promovida en muchos monasterios. Allí la finalidad no es el lucro, ni se da diferencia entre empleados y empleadores, ni alguna potencia humana pretende imponer su dominio. La única socialización completa y perfecta es la que proviene del amor, libre y totalitario, cual es el amor a Dios y al prójimo.

Lo "mío" y lo "tuyo" es la disgregación. Lo "mío es lo tuyo" es el cristianismo. ¿Llegaremos aún a tiempo los cristianos para instaurar el único orden social que dará el equilibrio perdido y la paz?

La "civilización del amor" tiene ya su modelo: la comunidad monástica, regida por el Mandamiento Nuevo. La comunidad de bienes es el más obvio postulado del cristianismo para organizar en libertad la sociedad del porvenir.

En los claustros surgieron, en todas las épocas, artistas de la música, la pintura, la escultura y la arquitectura. Los monjes durante siglos fueron los maestros, muchas veces anónimos, que infundieron a las generaciones cristianas el sentido de lo bello, del orden y la armonía, motivados por la fantasía de nuevas creaciones. Muchos artistas del mundo buscaron en el claustro el ambiente propicio para poner su talento al servicio de la causa más alta, la revelación cristiana, la difusión del Evangelio, el culto divino. Cerca tenemos el ejemplo del primer monje chileno fundador del primer Monasterio Benedictino, el pintor Dom Pedro Subercaseaux.

Aunque el trabajo manual fue siempre una característica de la vida monástica, la primacía es llevada por el trabajo intelectual, según la diversidad de los dones y talentos distribuidos por el Padre. En nuestros días una serie de autores que han influido profundamente en la espiritualidad, vivieron a la sombra silenciosa de sus claustros.

En su celda, o en la amplia sala comunitaria, escribe, estudia, investiga el monje que recibió esta clase de talento. A la misma hora tal vez un monje escultor talla las imágenes que faltan en la sillería del coro. Mientras tanto el maestre-canto armoniza en las teclas los nuevos himnos del oficio; el hortelano recoge los huevos del gallinero, el zapatero remienda los bototos.

El mérito del trabajo no se mide por la perfección externa de las obras sino por el amor con que son hechas. El fruto del trabajo no se recoge al fin de la estación, ni al terminar la obra, sino en la vida eterna. La recompensa del trabajo no consiste en una remuneración proporcionada al hombre, sino en la posesión del Sumo Bien. Las metas de los cristianos superan los límites del tiempo y del espacio. Los monjes son el testimonio de la dimensión imponderable y eterna del ser humano, que el mundo ignora y los cristianos con frecuencia olvidan.

"Tú, camina hasta el fin. Descansarás y te levantarás para recibir la parte de tu herencia al fin de los tiempos" (Prof. Daniel 12, 13).

# CAPITULO 9 LA JORNADA MONASTICA

Como un viajero que sabe con precisión la meta de su viaje, el monje ha ordenado su jornada para llegar a la vida.

El sol que orienta y vigoriza su jornada es el Señor. Vive en la felicidad de haberlo encontrado, de tenerlo por compañero siempre consigo, de dedicarle cada acción, de cumplir en cada momento, con su gracia, el designio del Padre.

Fiel a su consigna, avanza de claridad en claridad, descubriendo en cada encrucijada un nuevo panorama, en el cual se le exige una participación más asidua en la obra de Dios.

Podrá verificar siempre con mayor admiración la inmensa dignidad de su origen y la magnitud de su destino. Se abisma al considerarse objeto predilecto del Amor infinito. El sentido de su responsabilidad le aterra, y sólo el recurso confiado a la Misericordia Redentora le alienta y le mantiene. Siente dilatarse su corazón, a medida que responde con generosidad al llamado de Dios y se capacita para amar.

Los trabajos, las contradicciones, los sufrimientos de muchas clases y provenientes de muchas circunstancias, ocupan un lugar preferencial en la trama de su jornada. La cruz es herencia preciosa del monje, y tras llevarla a cuestas cada día, sabe que en ella rendirá la vida, por ella obtendrá vida eterna, y con ella, en pos de Jesús, cumplirá su misión redentora.

La salvación de todos los hombres le incumbe personalmente, y hace suya la expresión del Maestro: "Por ellos me santifico a mí mismo, para que ellos sean santificados en la verdad" (Juan 17, 19).

Se sabe responsable del apostolado de la Iglesia en todas sus formas y, si no ha sido llamado a las obras, intuye al igual que San Juan de la Cruz que "un solo acto de amor puro es más útil a la Iglesia que todas las actividades externas".

Bajo esta luz va transcurriendo fluidamente, escondida a la mirada de los hombres, la jornada del monje en su monasterio.

Muy antes de la aurora llama a orar la campana, rompiendo el silencio de la noche. Es la hora que mereció ser iluminada por la Resurrección del Salvador. Sin tardanza la comunidad se ha dado cita frente al altar, allí donde se centra la atención de los consagrados. Es el oficio nocturno de Vigilias.

Luego de invocada la ayuda del Señor para entonar sus alabanzas, con el invitatorio son convocados los espíritus a dar curso al concierto de adoración, invocación y acción de gracias. Una voz canta el salmo y entre cada verso responde majestuoso el coro de los monjes, repitiendo la antífona que con su contenido orienta el alma según el tiempo o la solemnidad que se celebra. Siguen, con sus antífonas, los salmos, y luego las lecturas con sus responsorios. En las festividades la oración nocturna termina con el solemne canto de acción de gracias de la Iglesia, el Te Deum laudamus, compuesto, según la tradición, por San Ambrosio y San Agustín en ocasión de la conversión y bautismo de éste de manos del primero.

Terminados los maitines o vigilias, los monjes se dedican a la oración particular o a la lectura divina. Hasta que, al comenzar la mañana, nuevamente entonan la solemne oración de Laudes. Al despertar el día la Iglesia, representada por los monjes, convoca a todas las criaturas a unirse para cantar la gloria del Creador, con himnos inspirados por la fe, con salmos de alabanza, con una breve lectura bíblica correspondiente al misterio del día o al tiempo litúrgico. Después de la oración de Laudes se celebra la Eucaristía, siempre cantada.

Rodeada del ambiente de oración y enmarcada en la grandiosidad solemne de la comunidad varonil que rodea al altar, la Eucaristía adquiere su más recóndito y luminoso sentido de "misterio de la fe", de banquete místico, de sacrificio divino ofrecido y participado por hombres que se han compenetrado con la persona y con la vida de Cristo, y que viven con El su Pasión y su Resurrección. La Pascua histórica que con su renovación anual en la liturgia estremece de emoción a la Iglesia, viene a renovarse diariamente en la celebración eucarística. Nadie como los monjes toman parte en ella con tanta intensidad.

La Misa dominical se celebra con mayor solemnidad, con la asistencia de los fieles que vienen al monasterio atraídos por la hermosura de la sagrada liturgia.

La jornada del trabajo cotidiano no está dominada por el imperativo de producir, sino de servir, según el designio de Dios Creador. El silencio no se interrumpe sino por necesidad, quedando en el fondo del alma permanentemente el eco de la oración, que continúa orientando, en el trabajo, la intención con la cual se realiza. "Orar sin intermisión", como enseña el Maestro (Lucas 18, 1).

Dos veces al día todos interrumpen el trabajo para volver a la oración comunitaria, en las horas llamadas meridiana y de nona.

En la comida del medio día se leen escritos de santos y autores célebres. Según toda la tradición monástica sigue vigente la abstinencia de manjares de golosina. Los alimentos son sobrios, nutritivos y suficientes.

Al declinar la tarde y terminar la faena, cubiertos nuevamente con sus cogullas, el vestido coral, ocupan sus sitiales para la oración más solemne del Oficio Divino, las Vísperas. Nuevamente el himno infunde en el ánimo la tónica correspondiente al tiempo litúrgico o a la solemnidad que se celebra. Le siguen los salmos propios de cada día y la lectura de la Palabra de Dios. El canto evangélico del Magnificat señala el punto culminante de todo el Oficio Divino.

Todo concurre a disponer el espíritu: el texto, las tonalidades, el ritmo. Así Adviento que reproduce las añoranzas de los siglos de espera; Navidad con la alegría de Redentor recién nacido; Cuaresma con las luchas contra el tentador y la aspereza del desierto. Pascua con los interminables y alegres aleluyas de la Resurrección. En fin, Pentecostés con el gozo del Gran Consolador.

María con sus diversas festividades, y los santos, desfilan durante el año recordando que la Iglesia del cielo toma parte en el gran combate de los redimidos de la Iglesia militante, y les ayuda a vencer con su ejemplo, su intercesión ante el Padre y su presencia espiritual a través de la vida.

El día ha terminado, simbolizando hermosamente la jornada del hombre peregrino en este mundo.

A la cena vespertina sigue un coloquio fraternal en el cual el abad y los monjes participan de alguna experiencia comunitaria, o de noticias de la vida eclesial o de la humanidad, que les incumbe como a miembros vivos del Cuerpo de Cristo. Desde sus puestos de avanzada siguen el desarrollo de los sucesos que van jalonando la historia, con el discernimiento de quien tiene siempre la referencia clara y decisiva de los designios del Altísimo. "En el reloj de Dios —dice un famoso cardenal— el minutero marca los años, y el horario marca los siglos". La gran misión del monje es adorar, alabar e interceder, y esta misión lo mantiene alerta y orientado durante su jornada diaria y a través de los años, anclado en su dimensión de eternidad.

De nuevo se reúnen los monjes ante el trono de la Misericordia para despedir el día en la oración de Completas.

Salmos apropiados dan a esta hora el carácter de oración de la noche. Entre ellos, el Salmo 90 presenta en forma dramática las argucias del tentador, tal como el Evangelio relata las tentaciones de Jesús en el desierto y su victoria. El es el prototipo y ejemplar de los siervos de Yahvé, hijos de la luz, que vence las tinieblas.

El himno evangélico de Simeón corona esta hora del oficio divino, invitando a abrir el alma a una confianza ilimitada en el Padre: "Ahora, Señor, puedes despachar a tu siervo en paz, pues han visto mis ojos la salvación que habías preparado ante la faz de todos los pueblos, luz para la revelación de los gentiles y gloria para su pueblo de Israel" (Lucas 2, 29).

La noche, entretanto, ha entrado con su acostumbrada solemnidad. En algunos monasterios se conserva una hermosa tradición monástica que cierra la jornada. Sólo una candela queda ardiendo en el templo, en la penumbra del crepúsculo. Ella arroja su tenue resplandor sobre la imagen de María. A sus pies, como niños, acuden estos hombres madurados en la oración. Quieren manifestar a la Madre su filial afecto. Uno de ellos entona v todos juntos luego se unen en esa melodía incomparable que es la Salve. Las notas altas alternadas con las variaciones de un amor renovado en cada frase y en cada nota, confieren a este trozo el carácter de una música suplicante, tierna y agradecida, que mientras más se la canta más se la comprende y se la gusta. La Salve fue enriquecida en el siglo 12 con el apóstrofe final por el Doctor Melífluo, San Bernardo. Abad de Claraval.

Uno por uno van saliendo los monjes en la penumbra. El descanso los pone ante el recuerdo del último sueño. Dios dispuso el reposo nocturno para restaurar las fuerzas. El monje obedece con sencillez infantil. Le espera todavía un nuevo día para cumplir su misión como constante de la oración por la humanidad.

Llegará el último, el que carece de ocaso, y con la seguridad del salmista exclamará: "Eternamente cantaré las misericordias del Señor" (5,88).

# CAPITULO 10 ¿COMO SE LLEGA A SER MONJE?

Para dar una explicación del misterio del reino de los cielos, el Maestro narra la parábola del Tesoro escondido en un campo. Todos los que escuchan el Evangelio están invitados y advertidos acerca de este tesoro. Pocos, en realidad, lo buscan, por lo cual pocos lo encuentran. "Todo el que busca encuentra, el que pide recibe, a quien golpea se le abre". Es cuestión de atención, de disposición, de librarse de prejuicios, de despojarse de muchos afanes. En el fondo todo es gracia. A nadie que la pide Dios niega su gracia.

El que descubre el secreto del reino a la luz de la palabra de Dios, con una fe clara y firme, evidentemente "irá y venderá todo lo que tiene para comprar el campo aquel", y poseer tal tesoro.

Todo comienza por un llamado que primero es mínimo, y luego se hace insinuante. Es Dios que irrumpe en una vida. El ha mirado con particular predilección a quien quiere invitar a las bodas de su Hijo.

Llamado así por alguien que al fin se hace reconocer, el hombre se sabe deudor de una respuesta. "He aquí que estoy a la puerta y estoy llamando, dice el Señor. Si alguno me abre la puerta entraré donde él y cenaré con él y él conmigo" (Apoc. 3, 20).

El "si" es la disposición eficaz de dejar familia, casa, campos, profesión, estudios, todo. La vida tomará otro rumbo, se organizará en función de una nueva meta: Dios, buscado permanentemente, de por vida.

Quien entra al monasterio no lo hace por la clausura, por el silencio, o por la manera de vestir o de cantar. Lo hace por amor a la persona de Cristo, a quien ha encontrado en su camino, llegándole a ser amable sobre todo lo que existe, indispensable. Quisiera verlo, sentirlo, vivir con El. Lo llamará, como San Agustín: "Oh, Dios, mi única esperanza, dame la gracia de encontrarte, no sea que cansado deje de buscarte. Dame fuerza para buscarte, tú que te dejaste encontrar, y diste más y más la esperanza de encontrarte".

Para salir bien en esta aventura vital, el monje paga su precio: deja todo. "Tengo desde ahora por nada todas las cosas, despreciándolas como la basura, en cambio de la ganancia supereminente que es el conocimiento de Cristo mi Señor. Por El he aceptado perderlo todo, y todo lo considero como estiércol con el fin de ganar a Cristo mi Señor, y de ser encontrado con El. Sí, conocerlo con el poder de su Resurrección y la participación de su sufrimiento, haciéndome conforme a El en la muerte y llegar a resucitar entre los muertos" (Filip. 3, 8).

Cada uno de los que han escuchado la llamada del Señor y han sido fieles a El, irán con admiración descubriendo el designio de Dios sobre sí.

"Aunque de primera sólo se acepta encubierta en la fe la voluntad de Dios, más tarde verás, con los ojos del alma, un hilo de oro que une todos los acontecimientos y hechos que componen una trama maravillosa: el designio de Dios sobre ti" (Chiara Lubich).

Cuando en la Iglesia de los primeros siglos la palabra de Dios informaba profundamente la vida de los fieles, la familia, los niños, los jóvenes, la comunidad, enfocaban los ideales de Cristo de frente, y la aspiración principal era vivir el Evangelio, realizar en sí y en la sociedad la transformación manifestada por el Señor y enseñada en su Evangelio. A Jesús lo llamaban "vida nuestra", y lo tenían presente en las diversas coyunturas de su existencia para ser como El y actuar como El.

Lo corriente era entonces que un número notable de jóvenes de ambos sexos percibían, dentro del propio ambiente social, con facilidad, el ideal de la entrega a la vida consagrada, sea en el apostolado, sea en la vida contemplativa. Así se poblaron desiertos famosos, se multiplicaron los monasterios, se aumentaron los contingentes del servicio pastoral de la Iglesia y los misioneros del Evangelio.

Es muy natural, por otra parte, que el ascendiente y el ambiente de la familia juegue en la configuración del ideal de vida un rol importante. La transformación que el Evangelio trae consigo no se realiza de una vez, sino que va influyendo, sea directamente en las conciencias de cada persona, sea por los ambientes de vida familiar, cultural, educacional, social.

Hay marcos de vida que facilitan la comprensión de los valores espirituales, el significado de los signos, como ser las parábolas, y la captación y la entrega a los ideales religiosos.

Quien escribe estas líneas tiene la experiencia de lo que expresa. Recibió a través de su familia una gran parte de los dones que Dios le tenía reservados. Las primeras amistades y personalidades que recuerda en el hogar fueron sacerdotes y religiosos. Las primeras conversaciones interesantes, los primeros libros ilustrados que impresionaron su imaginación en las rodillas de la madre fueron sobre las vidas de santos monjes, mártires y misioneros.

La vocación, como planta exótica, no se desarrolla fácilmente en un clima que no sea auténticamente cristiano. La inquietud por el reino de los cielos debe acompañarle desde la infancia, y su conciencia necesita templarse en el Evangelio vivido en familia, para que logre echar raíces suficientemente profundas.

Es cierto que en Chile podemos observar en nuestros días un despertar vocacional largamente esperado. Aumenta el número de jóvenes que solicitan ingreso a seminarios y noviciados, atraídos por el ideal de vida apostólica. No podemos, sin embargo, dejarnos llamar a engaño; es apenas un despertar de muy temprana primavera. Sólo una maduración lenta y profunda logrará enraizar las convicciones y encauzar las vidas y costumbres, para que la vida consagrada alcance el vigor espiritual que le corresponde en el servicio de Dios y de los hombres.

En cuanto al ideal monástico, aún no tiene significativo atractivo ni es suficientemente conocido en esta tierra chilena.

¿Cómo llegar a ser monje?

Cuando el Apóstol San Felipe fue en busca de su amigo Natanael para comunicarle su alegría por haber encontrado al Mesías, ante la duda y la resistencia del amigo, le dijo para convencerlo: "¡Ven y verás!"

Lo mismo te insinúa, si buscas algo, quien te escribe estas líneas. ¡Ven y verás!

Ven. Acércate a la fuente, la Revelación de Dios en la Persona de Jesús y en su palabra. Si encuentras la veta, síguela. Necesitarás afianzar tus relaciones personales con el Señor. Tu oración deberá hacerse más asidua y más humilde. Tus amistades más selectas. Tus actitudes más sinceras, tus acciones más coherentes con el Evangelio que profesas. Sentirás la necesidad de comunicar tus deseos a quien te merezca confianza. Busca un director de espíritu, religioso, sacerdote, a quien deberás confiar con sinceridad integral tus dificultades, fus dudas y tus necesidades. La correspondencia epistolar y las visitas a algún monasterio acercarán tus deseos a la realidad. La lectura de autores espirituales, sobre todo místicos, te ilustrará para discernir, por el camino, entre realidades e ilusiones, entre dificultades y pretextos por donde has de avanzar seguro.

Nada te servirá tanto para penetrar en el misterio de Cristo como la participación en la vida litúrgica de la Iglesia, sea en la comunidad parroquial, sea en alguna comunidad religiosa en la cual se viva el espíritu de la oración. A través de días luminosos y de noches obscuras se irá haciendo más nítida la manifestación de la voluntad de Dios que te llama, la vocación.

En la experiencia se puede descubrir la vocación como un proceso.

En los inicios se escuchó en algún momento una voz lejana que exclamaba: "Si alguno quiere venir en pos de mí... deje todas las cosas".

Más tarde volviste a sentir más personalmente la misma voz: "Si quieres, ¡ven!"

Tal vez, mientras tratabas de aclarar tus dudas y liquidar las resistencias, respondías como Saulo: "Señor, ¿qué quieres que yo haga?"

Por fin exclamarás admirado, como Samuel: "Señor, jaquí estoy porque me llamaste!"

Jesús no se detuvo, sino que "se lanzó como un gigante a recorrer su camino" (Salmo 18). Nosotros, igualmente, si no somos insensatos, correremos tras El atraídos por la fragancia de su aroma. De otra manera, si sucede al alma perezosa que se distancia de El, la ruta se hará para ella más penosa y más peligrosa, hasta que después de un tiempo ya no podrá continuar siendo reconfortada por la fragancia de su aroma, ni siquiera podrá reconocer la huella de los pasos de Aquel-que ya irá muy lejos adelante.

"Por tanto, corred, hermanos, para poder obtener el premio. Y sin duda alguna esto sucederá aunque no se os pase por la mente haber obtenido ya el premio, sino que, olvidados de todo lo que quedó atrás, pongáis vuestras miras en lo que viene más adelante" (San Bernardo, Abad de Claraval).

Si el llamado de Dios a la fe es la gracia fundamental para participar en la vida divina, el llamado a dejarlo todo para seguir a Cristo es un privilegio incomparable. Sólo los que lo han experimentado podrán, no ya expresarlo debidamente, porque es inefable, pero de ello darán testimonio con su felicidad:

GRACIAS, SEÑOR, PORQUE ME LLAMASTE!

Punta de Tralca Junio de 1979

Fr. Francisco Valdés Subercaseaux Obispo de Osorno -tree plants of the property of the paperty of the

### CHACKAS SERON FORQUE IN LIAMANTE

No. in Suprimierla or public Meanabels in Version County

The Court of the last of the Land of the Court of the Cou

The same of the sa

The Land Control of Control of the Land Contro

And the passes of Actual top passes the actual of the passes of the pass

Por train, others in consider party of the constant of the con

The state of the same of the state of the state of the state of the same of th



